

(02062)

Saltan las alarmas

—Una semana de infarto (2ª parte)—

Entrega uno: 1384 palabras

Manolo bajó la puerta metálica del bar. Aún faltaban tres horas para el cierre habitual. Echó el candado y entró al edificio colindante. Tras atravesar un largo pasillo llegó a una puerta de seguridad. Desde ella accedió de nuevo al bar. Sentado en el reservado, con una caña de cerveza en una mano y una loncha de jamón en la otra, estaba don Faustino. Manolo se sentó a su lado, pasándole un brazo por el hombro.

—Ahora, a las cinco y media de la tarde es cuando estás localizado y abres el pico. Faustino, hay que pensar en los amigos del alma, coño. Esta mañana te he llamado al móvil varias veces pero como nunca lo llevas encima... También intenté conectar con el Instituto y siempre comunicaba. Conforme pasaban las horas las noticias eran más confusas y preocupantes sobre lo que había pasado en el Fernando Orejuela. Algunos hablaban de un muerto, tu nombre salía a colación en algunas versiones... En casa tampoco estabas... Menos mal que se me ha ocurrido llamar a Matute y él me ha dicho que estabas bien. Me ha contado lo que sabía, que era lo poco que su hijo Sergio le había dicho entre sollozos. Eso me tranquilizó pues supe que no te había pasado nada grave pero, compréndelo, no se tiene así a los amigos... En vilo y a punto del miocardio...

—Perdona, Manolo. No ha sido mi intención provocarte un infarto pero es que todo ha sucedido tan deprisa... El ruido cuando estaba en clase, la agresión, la policía, los primeros trámites... Charlé con algunos padres para tranquilizarles, varias reuniones urgentes en el Centro... A última hora se acercó María Reina. Yo que sé... Me han llevado en volandas como un pelele, de aquí para allá y de allá para acá.

—Y todo por culpa de un capullo que no tiene una neurona sana. El tal Remigio, ¿no?

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Sí, un viejo conocido... Un hijo de puta en toda regla. Mató a su joven esposa a disgustos. A su hijo lo tiene tan consentido que acabará convirtiéndolo en un pobre desgraciado...

—A ti, hace un par de años, te denunció a la Inspección educativa...

—Era el tutor de su hijo. Recuerdo que varias veces hablé con su mujer. Una chica estupenda. Muy guapa y enormemente tímida. La pobre tuvo la desgracia y la torpeza de casarse con este animal. —Al viejo profesor se le humedecieron los ojos—. La última vez que la vi lloraba como una madalena. Me está matando... Sepárese, le dije. No puedo, no lo toleraría... Denúncielo, le volví a sugerir. Sería mucho peor, me contestó. Yo le ayudaré, y el resto de mis colegas, le dije sinceramente. Me miró aterrorizada y me suplicó que me olvidase del asunto. Estoy enferma, me está matando, don Faustino..., pero pronto todo acabará, me susurró entre sollozos. —El profesor bajó la mirada—. Nunca debí hacerle caso. Tres semanas más tarde fallecía. De muerte natural... Eso dijeron los médicos. A partir de ahí empezaron los problemas con el hijo de puta.

—Olvida aquello, Faustino. La Delegación sobreseyó la denuncia.

—¡Ostras, Manolo! —El profesor se dio una palmada en la frente— Hoy me tocaba ir a casa de Piquito a darle clase...

~¿Carlos?

~Dime, Belmonte.

~Te llamo para informarte que he hablado con la Inspección y con algunos jefecillos de la Delegación, todos muy preocupados, claro, por la repercusión que tendrá el asunto de esta mañana. A buenas horas mangas verdes...

~Estaba durmiendo, Director. Me he quedado frito en el sofá nada más llegar a casa. Llevo más de un día sin pegar ojo.

~Lo siento pero quieren verte mañana en la Delegación.

~¿Para qué?

~Para salvar su puto culo. Sabían perfectamente lo que ocurrió hace dos años cuando don Faustino le dio clase al hijo de ese psicópata. El viejo los puso tan a caldo que tuvieron que envainársela y trasladar al niño a otro Instituto. Y este año van los incompetentes y autorizan su vuelta. Ya me olía que volveríamos a tener problemas. Te ha pasado a ti y a su tutora pero le podría haber ocurrido a cualquiera. Los de la Delegación, como jamás reconocen un error, piensan descargar sus culpas en tus espaldas y las mías. Bueno, mucho más en las tuyas porque como ni dios quiere ser director de la cosa a mí me tienen que cuidar un poco pero a ti, un simple profesor interino...

~¿Qué debo hacer?

~Has de estar en la Delegación a las nueve de la mañana. Lleva preparada una buena estrategia de defensa porque intentarán dejarte en cueros vivos. Desean una medida ejemplar para el agresor pero también que el profesor no salga indemne del escándalo. Querrán actuar de mediadores entre tú y ese animal para que así todo se resuelva civilizadamente, sin entrar en asuntos judiciales. Echar tierra al asunto, vamos. Nosotros retiramos la denuncia y, a cambio, los lumbreras de la Delegación se llevan de nuevo al crío a su anterior Instituto o a otro. Por supuesto, te aplicarán alguna medida disciplinaria. Quizás no te renueven la interinidad o quizás todo se limite a escribir una nota en tu expediente. En resumidas cuentas, Carlos: la has cagado por no haberte dejado pinchar un par de veces por el Remigio de las narices.

~¿Estarás tú presente?

~No me dejan. Estarás sólo ante el peligro...

~¿Y don Faustino?

~A ese no lo quieren ver ni en pintura. Lo han dado por imposible desde hace tiempo. Saben cómo se las gasta porque estuvo de concejal muchos años en el ayuntamiento y porque también fue director del Instituto otros tantos. Encima se rumorea que anda metido de nuevo en la cosa política. Así que prefieren tenerlo como amigo a enemigo. Estos tíos no son tontos. Así que átate los machos, Carlos, porque todas las bofetadas van a querer estamparlas en el mismo carrillo...

~¡El mío!

~Además de fuerte, eres un chico listo... Buena suerte.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—¿Cómo fue el día, madre? ¿Cansá?

Piquito estaba aburrido como una ostra y tenía un punto de preocupación. La recuperación de su grave lesión, acaecida en el mes de diciembre, iba viento en popa y los mejores pronósticos vaticinaban que en un mes podría reaparecer. Ya había empezado a tocar balón muy suavemente y desde mediados de semana comenzaría a trabajar con él a media intensidad. Sin embargo, por precaución, todavía estaba obligado a quedarse en casa por las tardes, lo que llevaba con desagrado. Nunca había estado con tal periodo de inactividad. Los amigos que –al principio- solían visitarlo muy a menudo para hacerle compañía, habían ido espaciando las visitas, por cansancio o aburrimiento. Esto le había llevado a concluir que, amigos, lo que se dice amigos, sólo tenía un par de ellos. Todos los demás eran circunstanciales conocidos. La pequeña preocupación venía porque don Faustino no había acudido esa tarde a darle clase. Los lunes tocaba un poco de cultura general pero hoy el profesor había hecho novillos. Piquito, extrañado, le llamó en múltiples ocasiones pero siempre recibió la callada por respuesta. La cosa pintaba extraña.

—Cuando vuelvas a jugar, voy a ser yo quien se tomará unas semanas de descanso. Estoy agotada, hijo. Y eso que hoy vengo más temprano. –Inmaculada dio un beso a Piquito y se sentó a su lado, en el sofá– ¿Cómo ha ido esa clase?

—No ha *veníó* don Faustino. Es *mu* raro... Y su teléfono no da señales de vida. *Mu* raro...

—Le habrá surgido algún imprevisto. Además, ya va siendo mayor y la memoria empieza a flaquear.

—Que no, madre, que algo ha *debío* pasar.

En esos momentos sonó el móvil de Piquito. El chaval lo empuñó rápidamente. Inmaculada se fue a la cocina a beber un vaso de agua. Cuando regresó su hijo ya había finalizado la conversación.

—Don Faustino. *C'abío* un accidente en el Instituto y ha estado *súper liao* todo el día y parte de la tarde. Y que lo sentía, que mañana vendrá en lugar de hoy, a la hora habitual. Y ha *colgao*, madre. No sé, le notaba algo raro en la voz.

Entonces, Inmaculada se vio obligada a contarle a Piquito lo que sabía, lo que la ciudad entera conocía menos –a lo que se ve- su querido hijo.

Entrega dos: 1252 palabras

—¿Qué piensa de todo esto, Basáñez?

—Necesitamos un poco de tiempo, López. Todo ha surgido tan de prisa...

—No hay tiempo. Tenemos que mover ficha antes de que se nos pueda caer encima todo el dominó.

—Pero ni nosotros ni el club tenemos nada que ver en este asunto...

—Peor me lo pones porque podemos pagar el pato sin comerlo ni beberlo. No teníamos bastante con lo de Francis...

—Leche, todo ha ocurrido tan rápido...

López había citado a Basáñez a las seis de la tarde. Ya conocían de buena fuente, con pelos y señales, lo que había ocurrido en el Instituto Orejuela. Aquel incidente afectaba de alguna manera al Rayo de Mospintoles.

—Recapitulemos, Basáñez. Un tipo llamado Remigio Lendínez ha entrado esta mañana en el Instituto dispuesto a llevarse por delante a la tutora y al profesor de educación física de su hijo, el cual ingresaba ayer en el hospital con lesiones aún en estudio. El chaval pertenece a los juveniles del Rayo y me dicen que puede llegar a ser otro Piquito. En cuanto al padre, trabaja como guarda de seguridad en nuestra empresa de transportes, además de ser el presidente de la peña Aúpa-Rayo, de reciente creación. Este asunto lo tenía precisamente en cartera porque el tipo, sin pedir opinión ni permiso a nadie del club, se inventó esa peña hace algo más de un mes. Ahora mismo son cuatro gatos pero en cualquier momento pueden crecer como la espuma. No podemos permitir que haya un grupo de gente que vaya por libre usando las siglas de nuestra Sociedad Deportiva. Y todavía menos sin van de ultras por la vida.

—López, la cosa es muy simple. Ni nosotros ni el Rayo puede sentirse aludido por estas cuestiones tan colaterales... En cualquier caso, ayudamos a la recuperación del chaval llevándolo a los mejores médicos y cuando eso se haya producido se despide al padre por mala conducta. ¡Asunto concluido!

—Sí, en todo eso había pensado pero lo que urge es evitar que llegue a la opinión pública el que Remigio trabaja para mí. Ahí, justamente ahí, es donde está el problema. Es un tipo cumplidor y obediente pero cuando se le cruzan los cables...

—¡Y qué más da, López! Hasta en las mejores familias hay gente ruin y despreciable...

—Es que... Basáñez... el tal Remigio me ha hecho algunos favores en tiempos pasados y... no va a ser tan fácil deshacerse de él. Digamos que... sabe cosas que no debería ir contando por esos mundos, en plan despechado.

—¡Pues, amigo, haber empezado por ahí! Dejémosle tranquilo hasta que el hijo se recupere o hasta ver en qué queda judicialmente su execrable acto de hoy. Tenemos tiempo para pensar lo más conveniente. Mientras tanto hay que utilizar los medios que disponemos: La Tribuna, el Heraldo, la radio local...

—Sí, eso había pensado mientras te esperaba –contestó López, definitivamente convencido–. Esa periodista, Susana Crespo, sí, es la persona indicada para echarnos una mano.

—Antes de hablar conmigo, ya tenía decidido qué hacer, ¿verdad? –preguntó algo mosqueado Basáñez.

—No hasta que tú no me lo confirmases...

Basáñez frunció el gesto. Bueno, tampoco era para sorprenderse. Así actuaba siempre López. ¿Qué cosas sabría ese Remigio para poner tan a la defensiva y preocuparse al presidente?

—¿Cómo estaba don Faustino?

—Bien, como siempre...

—Que siga así, hay que cuidarlo por la cuenta que te trae...

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—¿Ahora va a resultar que estás celoso del viejo profesor? ¡ Sería el colmo, Sebas!

La concejala María Reina, próxima candidata a la alcaldía de Mospintoles, había llegado a casa antes de lo previsto. Serían las seis y cuarto de la tarde cuando hizo la entrada triunfal por el vestíbulo de su amplio y acogedor piso. Allí, despatarrado en el sofá, se encontraba su maridín comiendo palomitas de maíz mientras veía un partido en el canal del Barça TV. Sebastián Matute estaba de mal humor. Después de recoger por la mañana a su hijo Sergio en la puerta del Instituto, se había ido a casa pues el chaval estaba muy nervioso. En ese estado sólo iba a estorbar en el taller y ese día había bastante trabajo. Llegada la hora de comer y tras ver que su atareada señora no llegaba, pidió un par de pizzas. Tras el frugal comistrajito, cansado y hastiado, se puso a ver la televisión mientras su hijo se retiraba a su cuarto a matar marcianitos. En ese estado de ánimo, la entrada de María no hizo sino romper aún más las hostilidades. La bronca entre ambos fue la mayor que nunca se había producido hasta ahora en el matrimonio. Al final de la tempestad -que duró diez minutos- hicieron las paces diplomáticamente pidiéndose mutuamente perdón. Ahora, sentados ambos en el sofá del salón, la hoguera amenazaba con encenderse de nuevo.

—No digas tonterías, María. ¿Cómo voy a estar celoso de alguien que te saca veinte años? Alguien que, además, es mi amigo... Lo que me fastidia es que te preocupes más por él que por mí.

—¿A dónde quieres ir a parar? ¿Vamos a empezar otra vez?

—Dejémoslo, María. ¿Te contó algo de lo que pasó?

—Apenas soltó prenda. Ya sabes lo reservado que es. A veces hay que sacarle las cosas con sacacorchos. Recuerda lo que me costó que formase parte de la candidatura. Le propuse ir el tercero de la lista y sólo aceptó ser el decimoquinto. — María suspiró profundamente—. Se cree de otro planeta. Y quizás lo es, no te digo que no... Estaba tranquilo... que es lo importante después de lo que ocurrió. Quedó en contármelo todo más despacio cuando vuelva la calma.

—O sea, cuando ya todo el mundo se haya olvidado del asunto. ¡Tiene un morro..!

—Es discreto, cosa nada frecuente en su mundo y en el tuyo. Tampoco en el mío...

—Pues yo he oído por la radio que por poco le clavan una navaja...

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Lo impidió el profesor de gimnasia pero antes de eso fue don Faustino quien le salvó de un navajazo seguro. Él es el gran héroe de tan triste asunto. Habrá que sacarle partido...

—¿Qué quieres decir?

—Ya que ha ocurrido ese hecho tan lamentable de la agresión en el Instituto y que mi compañero de lista electoral ha mostrado –según cuentan- valentía y arrojo a raudales, ¿por qué no sacar rédito político de este hecho, cuando falta muy poco para las elecciones? Por supuesto que don Faustino se cabreará pero si en la campaña lo hacemos con inteligencia y discreción...

—Jamás podría dedicarme a la puñetera política, María. Yo sería incapaz de llegar a pensar en eso...

—Tú sólo piensas en tu Barça del alma y en tu bragueta, querido. Anda, vamos a tomar algo que esta noche sí me pillas con ganas de juerga... Te quiero, Sebas, a pesar de todos los pesares...

—Y yo también, mariquilla.

—¡Así me gusta, familia! –La voz de Sergio les pilló de sorpresa.

—¡Qué susto me has dado, hijo! –atinó a decir María.

—Tras vuestra discusión de hace un rato ya me veía con el corazón *partío*...

—Pase lo que pase en el futuro, tu madre y yo siempre estaremos contigo. –A Sebastián Matute se le atragantaron sus últimas palabras. Por eso quiso quitar hierro al asunto–. A mí lo que me tiene el corazón *partío* es que tú seas del Real Madrid, niño.

—Ya se acabó la tormenta. ¡Volvemos a la normalidad cotidiana! –dijo María, esbozando una bella y satisfecha sonrisa. Que fuera una sonrisa feliz, eso ya no estaba tan claro.

Entrega tres: 1925 palabras

~¿Cómo lo llevas, monina?

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

Susana acababa de llegar a casa tras una jornada muy ajetreada. El encargo de Evaristo -el jefe de deportes de Radio Mospintoles-, aunque en un principio le dejó bastante confundida, más tarde fue despertándole el gusanillo de la periodista de raza que creía ser hasta el punto en que no paró ni un momento de recabar información sobre el incidente del Instituto, preguntando aquí y allá, a los unos y los otros. Tras muchas horas dedicadas al asunto, cuando estaba desnudándose para darse un baño, sonó la cada vez más insoportable voz de aquel mamón.

—Si no me llamas por mi nombre te dejaré con la palabra en la boca.

—Está bien, Susana, está bien... Son las ocho. Te recuerdo que esta noche llevarás una parte importante del programa. Todos estaremos pendientes de lo que digas y hayas averiguado. Sólo quiero saber si dispones de buena información porque el guión ya lo estamos haciendo.

—Dentro de dos horas estaré allí y te enterarás...

—Está bien. Todos confiamos en ti. ¿Has estado en el Instituto?

—Por supuesto. Y en las oficinas del Rayo, y en los juzgados y en el hospital...

—¿Sabes exactamente lo que ha ocurrido?

—Sí, con todo lujo de detalles. Una bonita historia. Hoy me limitaré a contarla. Los próximos días se irá ramificando como si de un culebrón se tratase. Es lo que querías, ¿no?

—¿Has podido hablar con López?

—Lo he intentado infinidad de veces pero no ha sido posible. ¿Por qué?

—Ya sabes..., ese Remigio, el agresor de los profesores... Trabaja para López y a nuestro presidente no le hace ninguna gracia que pueda haber habladurías por ahí... Deberías poner mucho énfasis en que el Rayo y López no tienen nada, absolutamente nada que ver con ese cafre.

—Ya soy mayorcita para saber lo que tengo que hacer. Me sigues tomando por una becaria... Que el agresor trabaje en una empresa del Presidente es algo circunstancial y sin importancia. Lo que me indigna, y juro que no lo sabía hasta esta tarde, es que ese tipo se mueve por el Rayo como Pedro por su casa. Quizás por eso

ha creado esa peña de ultras. No he confirmado si con el visto bueno de López pero todo invita a pensar que sí y eso ya pasa de castaño oscuro...

—Chica, no saques las cosas de quicio ni tengas juicios prematuros. —A través del teléfono se notaba que la voz de Evaristo sonaba preocupada—. Todos sabemos lo afectada que estás, y con razón, por la agresión de que fuiste objeto hace unas semanas por un grupo de ultras deportivos pero te lo dije esta mañana. Muy clarito. López no quiere esa peña... Se ha hecho sin su autorización. Cuidado con morder la mano que te da de comer...

— ¿Es una amenaza? —respondió Susana, sorprendida.

—Tómalo como quieras. Olvida lo de esa dichosa peña. A López le gusta tener todo controlado. —Y repitió las últimas palabras con gran énfasis—. Todo controlado. Probablemente el tal Remigio ha abusado de su confianza. ¿Está claro, monina? A las diez te quiero aquí en la emisora para ir preparando el programa. Adiós.

Fue Susana la que se quedó con la palabra en la boca. Entonces empezó a temblar levemente ¿Lo que le había dicho el dinosaurio de las ondas era el auténtico sentir de López? Y si así era, ¿por qué el presidente se lo transmitía a través de Evaristo, cuando había estado ilocalizable para ella a lo largo de todo el día? Llegó a la conclusión de que Evaristo había querido presionarla pero sin poner todas las cartas encima de la mesa. Quizás porque lo que andaba buscando es que ella diese algún paso en falso para así poder enfrentarla a López y ponerla de patitas en la calle. Debería tener cuidado, mucho cuidado con el culebrón.

Se miró al espejo contemplando cómo en su rostro aún había pequeños rastros de la paliza que había recibido hacía unas semanas. ¿Cómo iba ella a permitir que en su propia ciudad y en el mismo club para el que trabajaba se constituyese una peña de ultras tan desalmados e hijos de perra como ese Remigio, que a punto había estado de matar a don Faustino? Sí, quizás en el asunto de la peña ese tipo había actuado por libre, abusando de la confianza de López, pero seguía sin entender la postura del presi. Los temblores aumentaron. Volvió a mirarse al espejo contemplándose de cuerpo entero. Se vio bonita, espléndida, con el suficiente poderío físico y mental para enfrentarse a todo lo que se le pusiera por delante. Incluyendo a un desconcertante hombre al que todos, incluida ella misma, llamaban simplemente López.

En casa de Piquito se cenaba temprano. Recomendación de los doctores del Rayo y comodidad de Inmaculada. Nada más llegar del trabajo se daba una ducha reparadora, se ponía cómoda y preparaba la cena para ella y su hijo. Algo frugal y rápido. Así le quedaba tiempo para ver un poco la televisión, charlar o entretenerse un rato con la internet. Hoy la manduca era bien sencilla: una ensalada variada, de esas que ya se compran preparadas a falta del aliño, y una tortilla de patatas. Una comida mejor que la que ofrecen restaurantes de cinco tenedores.

—Madre, quisiera hacerte una pregunta que me ronda la cabeza desde hace tiempo.

Inma se sobresaltó aunque intentó mostrar una serenidad ficticia. Desde que se había enrollado con Metzger, al que había conocido a finales del año anterior, nunca había hablado con su hijo respecto a esa relación, a pesar de que sabía que Piquito no se chupaba el dedo en esas cosas. Pero lo iba dejando. El fornido jugador alemán del Rayo tampoco daba ningún paso adelante, de manera que la situación se mantenía a la espera, en silencio, casi clandestinamente.

—Dime, hijo, pero que no sea muy difícil la cosa.

—No, no es sobre el teutón.

—¿Qué es eso? –preguntó Inmaculada la mar de sorprendida.

—Don Faustino dice *qu'* a los alemanes también se les llama teutones. Mira que nombre más gracioso... Pero no es de ese de quien quiero *hablá*. Verás... –Piquito se paró en seco, dudando. No sabía si lo que rondaba desde hacía días su cabeza, además de la relación entre su madre y su compañero de equipo, tenía sentido o era una tontería más de las muchas que el aburrimiento le producía a diario. Qué malo era eso de ponerse a pensar por culpa de tener tanto tiempo libre –. Es que me *dao* cuenta, madre, que desde que me lesioné y es don Faustino quien viene a casa a darme las clases y no soy yo el que va a la suya, pues, eso, que parece que *sos* pongáis de acuerdo *pa* no veros nunca...

Inmaculada miró a su hijo con ternura. Había sido un pésimo estudiante, tenía poca cultura, inferior incluso a la suya, pero era listo como el hambre.

—Eres muy buen observador, hijo... Las clases de ese hombre y todo este tiempo lesionado en que no haces más que darle a la pelota, esa que tienes encima de los hombros, te están convirtiendo en alguien muy diferente de aquel chiquillo del Instituto. Nunca te lo he dicho pero, cuando tu profe fue don Faustino, tras hablar alguna que otra vez con él en la tutoría, regresaba a casa llorando.

—*Jodé*, ¿y por qué? Si don Faustino...

—Porque ese hombre creía más en ti que yo. Y eso que eras un estudiante que no dabas un palo al agua.

—Lo mío, madre, era el balón. Siempre se lo dije a *usté*... ¿Y por eso llorabas? No lo entiendo...

—¿Te das cuenta? ¡Aquel profe confiaba más en ti que tu propia madre! Llegué a odiarle...

—*Ostí*, tú... —A Piquito le salió así la expresión de sorpresa y estupor—. ¿Y por eso no quieres volver a verlo?

Inmaculada se derrumbó. De repente aquella conversación le trajo recuerdos de viejos tiempos, de cuando ella vivía en Alcorcada, la ciudad vecina. Años felices, de chica llegada del pueblo con ganas de disfrutar de la vida, libre e independiente... Buenos y malos recuerdos. No sabría decir si los que tenía de don Faustino pertenecían a los primeros o a los segundos.

—Estás equivocado, Piquito. Tu profe y yo nos apreciamos mutuamente pero desde que te fuiste del Instituto no he vuelto a verlo. Simplemente, no hemos coincidido... No seas mal pensado, hijo.

—Pues mañana viene por la tarde, aunque no le toque...

—Pediré permiso en el trabajo y llegaré a tiempo de saludarle y ofrecerle un café. Y ahora, perdóname, pero estoy muy cansada. Me voy a dormir...

Cuando Inmaculada dio la espalda a Piquito, camino del dormitorio, unos lagrimones resbalaban por sus sonrosadas mejillas.